

# Un gran partido interclasista

094/054/031

EN la situación actual se plantea a los españoles la clara y grave opción de elegir entre tres fórmulas que encierran en sí mismas tres sistemas de vida.

El autoritarismo, con una pseudoparticipación de los españoles en la vida pública y el deseo de continuación, en el fondo, del sistema anterior, pero privado de la persona que lo hizo posible durante tantos años.

El revisionismo total de estos cuarenta años, con el paso del poder, alcanzado desde la calle, a las fuerzas mejor organizadas y más radicales de las que se alinearon en la oposición durante ese periodo. Operación que implica una verdadera revolución y que puede desembocar con facilidad en un nuevo enfrentamiento.

La instauración de un sistema democrático desde la legalidad y por vía pacífica, con participación en la vida pública de todas las fuerzas democráticas que admitan el respeto del orden jurídico, aun con el propósito manifiesto de modificarlo. Ello implica una renovación sustancial, que unos creen

posible por la vía de la reforma y otros creen que no es posible sino por el camino de la ruptura, que propugnan pacífica.

CADA una de esas fórmulas se corresponde bien a un sistema totalitario de derechas, más o menos matizado, que nos excluiría de Europa; bien a un sistema marxista que nos alinearía en la órbita de los países comunistas, o bien a un sistema democrático que nos colocaría próximos a los países de Europa occidental.

A pesar de que la última fórmula también tiene sus problemas e inconvenientes, nuestra opción está decidida desde hace mucho tiempo: queremos un sistema democrático occidental, logrando con el menor coste social y sin detrimento para la paz, y el trabajo de todos los españoles. Pero somos conscientes de que si la reforma no da resultados rápidos y evidentes, los riesgos del autoritarismo o de la subversión aumentan, y antes que cualquiera de estas dos soluciones es preferible defender la ruptura pacífica.

PARA que la opción reformista produzca una solución democrática verdadera es indispensable, en breve plazo, deshacer la madeja en la que han enredado al reformismo las fuerzas del inmovilismo, cortando y rompiendo donde sea preciso y conseguir los mínimos y claros objetivos siguientes:

Una regulación de los partidos políticos absolutamente incontestable, en el interior y en el exterior, que permita que actúen en la vida pública legalmente todas las fuerzas democráticas reales.

Una composición de las Cortes, en las que, por sufragio universal, directo y secreto, todos puedan ser elegidos y todos puedan ser electores, sin interferencia de cauces, tercios o representaciones corporativas que deben tener su asiento, si acaso, en otra Cámara Alta.

Unas elecciones libres, intachables y con igualdad de oportunidades para esas Cortes, que no pueden esperar a ser convocadas hasta la primavera del año 1977.

Si estos tres objetivos se consiguen, aunque para ello sea necesario un referéndum, creemos que el país se salva de caer en cualquiera de las posiciones extremas y que se inicia una nueva era de paz, trabajo y, naturalmente, de esfuerzo para superar juntos las dificultades que han de aparecer.

PORQUE si la victoria reformista no es rápida y clara y es pronta la presión de la alternativa subversiva, ello puede hacer fracasar el éxito de la fórmula intermedia, aliándose así, una vez más, inconscientemente, los dos extremos para jugar su pulso mortal, del que siempre sale sufriendo el país.

Porque pensamos que la única fuente de la autoridad precisa para resolver los problemas económicos y políticos de España viene en este momento del pueblo y a través de unas elecciones libres. Elecciones que, naturalmente, creemos que va a ganar la moderación, porque, a pesar de los agitadores profesionales, de la insatisfacción y de los problemas reales, nunca hemos dudado del buen sentido, de la madurez y del deseo de paz y trabajo del pueblo español.

Pero para ganar esas elecciones es necesario crear un gran partido interclasista que responda auténticamente a las ideas de libertad y justicia social, inspiradas en el humanismo cristiano. Y que no sea un partido de clase, ni exclusivo

de la burguesía, ni de la clase media, ni de los trabajadores, ni, mucho menos, de unas u otras oligarquías.

Un partido en el que la unión se produzca no en torno a unos hombres, ni a unos nombres, por muy importantes que unos u otros sean, sino en torno a unas ideas y a un programa. Sencillamente, que tenga una ideología arraigada en el pueblo, coherente, y por la que valga la pena luchar: una ideología liberal, social y de inspiración cristiana, que democráticamente se puede oponer y, en su caso, colaborar y pactar con las otras ideologías que existen en la realidad española.

A ese gran partido creemos que pertenece el sector más amplio de la sociedad española: grandes masas de todas las clases trabajadoras; de todos los medios, rurales y urbanos, y de todas las actividades, manuales, intelectuales, agrícolas, comerciales e industriales. Gentes que queremos vivir del trabajo y en paz sin privilegios. En un Estado de derecho. En libertad y justicia. Donde cualquiera pueda alcanzar, con iguales oportunidades y sin excepciones, el íntegro desarrollo de su condición de persona.

Este partido no existe aún por nuestra culpa, por los egoísmos personales, por las diferencias de nombres, por la falta de generosidad de los políticos, por no saber desembarazarse del pasado y pensar en el futuro. Pero su creación es urgente y las personas que pudiendo y debiendo lo obstaculizan pueden sufrir en su carne las consecuencias, y el pueblo, la historia y su conciencia les pueden hacer responsables de su actuación.

TACITO